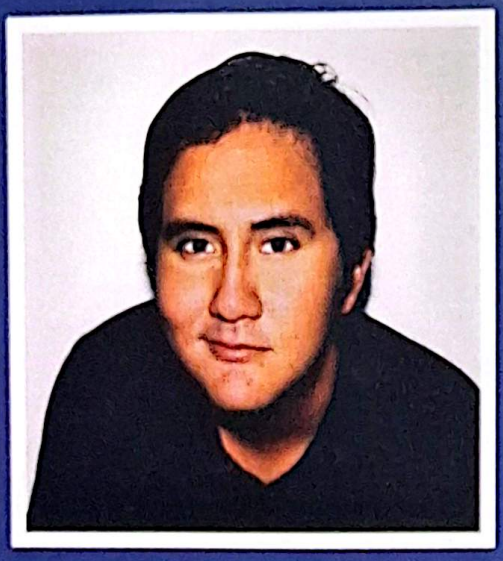
Breve manual de urbanidad y etiqueta

Elpidio González Aguilar

Premio Nacional de Cuento
José María Sánchez

EDITORIAL TECNOLÓGICA



Elpidio González Aguilar nació el 13 de mayo de 1995 en Santiago de Veraguas. Estudia Economía en la Universidad de Panamá. Premio de Cuento Nacho Valdés con *Arroz quemado*, también publicó *Perder la cabeza* (cuento) en la "Revista Literaria Maga".

Elpidio González Aguilar

Breve manual de urbanidad y etiqueta

Premio Nacional de Cuento
José María Sánchez 2017

EDITORIAL TECNOLOGICA

Universidad Tecnológica de Panamá

© Editorial Tecnológica
Universidad Tecnológica de Panamá
Panamá, Campus Universitario «Dr. Víctor Levi Sasso»
Teléfono: (507) 560-3703
Correo electrónico: editorial @utp.ac.pa

Breve manual de urbanidad y etiqueta
© Elpidio González Aguilar

Imagen de portada
© Lorraine A. Otero K.

863
G643 González, Elpidio
Breve manual de urbanidad y etiqueta /
Elpidio González. -- Panamá :
Editorial Universitaria-UTP, 2018.
56p. ; 21 cm. – Colección Premio
Nacional de Cuento José María Sánchez.

ISBN 978-9962-698-53-1

1. LITERATURA PANAMEÑA – CUENTOS
2. CUENTOS PANAMEÑOS I. Título.

ISBN 978-9962-698-53-1

De conformidad con las leyes vigentes que rigen el derecho de autor y derechos conexos en lta República de Panamá, se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra en cualquier tipo de soporte mecánico o electrónico, incluyendo el fotocopiado, salvo autorización escrita del editor o del autor.

Revisión Filológica:
Marlene M. Guzmán G.

Diseño, diagramación e impresión:
DICOMES
Universidad Tecnológica de Panamá, 2018.
Panamá, República de Panamá.

La Editorial Tecnológica es miembro del Sistema
Editorial Universitario Centroamericano - SEDUCA

Hecho el depósito legal.

A esta ciudad de m...

Prólogo

Buenos modales para mantener la locura

Por más que nuestra imaginación, empatía y conocimiento empírico de las realidades den como resultados frutos artísticos, no podemos olvidar que más allá de la individualidad, el que escoge —o, mejor dicho, es escogido— el oficio de la escritura es un reflejo colectivo, y esto Elpidio lo sabe muy bien, ya que con esta obra retrata no solo la ciudad que conocemos, sino a la gente que en ella habita, porque una ciudad sin sus gentes, con sus manías y desórdenes no es más que un espacio de rascacielos deshabitado.

La ciudad que Elpidio nos va tejiendo está marcada por el voyerismo y la curiosidad de sus personajes o por la abstracción de la realidad de otros, por lo cual este *Breve manual de urbanidad y etiqueta*, nombre que a su vez es anacrónico, imprime la visión de una ciudad que no se ve por sí misma sino es desde lo que otros pueden decir de ella. Desde los momentos más comunes, las historias van flotando entre sí, porque el autor se encargó de admirar como un niño cada uno de sus espacios y decadencias.

Al final, los códigos de urbanidad y etiqueta que se nos presentan en esta ciudad de locos, no son otros que los de la locura en sí misma, porque hay que sobrevivirla y vivirla en todas sus facetas, ya sea desde la paranoia o a través de un amor espasmódico. En una ciudad hay que saber jugar a las nuevas reglas de la selva, y eso es lo que a continuación tiene en sus manos.

En el transcurso de estas páginas no va a dejar de sentirse entre molesto, incómodo o indignado, porque si alguna vez hemos habitado la jungla de concreto, sabemos que estos suelen ser sentimientos continuos, y donde los finales

Un cuarto para dos

Aún teniendo presentes las expectativas y posibilidades lógicas de encontrar nuevos huéspedes al llegar al hostal, cuando abrió la puerta de su habitación compartida, a Raúl no terminó de agradarle que un rostro sonriente pronunciara un saludo, comenzara a hacer preguntas sobre construcciones sociales y se autopresentara con la avidez enfermiza y patética de los *viajeros simpáticos*. Quizá su incomodidad se debía a que se había aferrado a la ilusión de que tales incomodidades eran ajenas a la época lluviosa y a las temporadas de bajo tránsito de turistas. Habiendo escogido un alojamiento con desproporcionado número de habitaciones, en la región más suburbana que podía permitirse si tenía consideración de su espíritu cosmopolita; creyó haber reducido la probabilidad de un compañero de cuarto a una cifra cercana a cero. Desde luego, se notará el descuido de Raúl al no ahorrarse semejante calvario quedándose en una habitación privada. Esta aparente falta de previsión puede ser explicada de manera sencilla a

través de la aritmética, la contabilidad de costos y la lucha de clases: más allá de ciertas sumas de dinero, el espíritu cosmopolita de Raúl se convertía en algo muy similar a una patología congénita.

En el breve lapso de desconcierto y extrañeza que siguió luego de que Raúl descubriera presencia humana en su cuarto, tuvo suficiente tiempo para recordar fidedignamente cada indeseable aspecto de la convivencia con un individuo: horario de luces (o disputa), horario de ruidos (o disputa), necesidad estricta de un comportamiento apegado a las normas del hostal y de la etiqueta básica, etcétera. Sin embargo, sus reflejos sociales tuvieron la capacidad de sobreponerse y en su semblante se articuló una perfecta sonrisa. El otro rostro pasó de ser una impresión repentina a tener cierto respaldo en los pensamientos de Raúl. Mujer. Rubia y ondulada. Ojos verdes. Presumiblemente bella, pero para confirmarlo tendría que someterla a una erosiva contemplación de más de un minuto.

A lo sumo, fue una conversación de veinte palabras. Es decir, una tentativa de conversación, pero bastó para dejar en el conocimiento de ambos el nombre de cada uno y para despejar precariamente el aire viciado de hostilidad y fastidio que siempre rodea todo momento en el que se debe compartir con alguien la fealdad de la intimidad cotidiana.

Ella se llamaba Dani. Quizá Daniela, pero mejor era decirle Dani. Incluso se dieron un apretón de manos.

Ya casi era de noche y el cuarto estaba en relativa penumbra, así que a Raúl le dio por probar qué tan indeseable podía ser su compañera de cuarto. Ni siquiera tenía ganas de leer, pero agarró el libro que estaba tirado en el suelo junto a su cama y le preguntó a Dani si no le molestaba que él encendiera la luz del cuarto. Ella dijo algo así como que perdiera cuidado, pero con una sintaxis irreproducible. El

español le costaba un poco... Muy bien. Dos pasos buenos y simultáneos: una sensibilidad territorial no muy irritable y una expresión tropezada y profana, que de seguro la mantendría callada la mayor parte del tiempo.

La lámpara y el abanico de techo se encendieron al unísono. Raúl se sentó en el piso, justo en la esquina opuesta a la puerta y fingió comenzar a leer, mientras en realidad escudriñaba con cautela el verdadero espacio que su nueva compañera ocupaba, con y sin plena conciencia. La habitación era una especie de pentágono irregular. El piso estaba cubierto con una capa delgada de madera contrachapada, pero los pies descalzos podían adivinar el cemento robusto y macizo bajo la superficie. Las dos camas de hierro, dispuestas en paralelo y equidistantes, tanto a las paredes como a sí mismas, ensombrecían el cuarto con un aspecto de hospital de guerra. Había un lavamanos incrustado en una de las paredes, y en otra, una ventana que daba a un edificio vecino. De este territorio meticulosamente estudiado por Raúl, su compañera parecía ocupar tan solo un rectángulo muy reducido: sus posesiones estaban ordenadas bajo el colchón y ningún tipo de calzado se advertía circundando la cama. Finalmente, estando acostada con el teléfono en las manos y una almohada en la cabecera, parecía ser un apéndice bronceado y curvilíneo del colchón. Raúl estaba eufórico. Le parecía que tal economía de espacio era milagrosa. Dejó de fingir y de fisgonear y comenzó a concentrarse en la lectura.

Al poco rato, se descubrió pensando que la luz debía molestarle a Dani. Enseguida, comenzó a odiarla un poco. Ya el daño estaba hecho. Hubiera preferido no tener un encuentro tan amigable y sereno, sino un poco más frío e indiferente. Comenzaría a medir todos sus movimientos, porque ella los medía. Buscaría, al menos, establecer una mínima reciprocidad. Y por eso prefería algo parecido al desinterés, en vez de esa afable relación en la que ambas

partes parecían tener un rol activo. Por más que intentaba plantearse la posibilidad de abusar de la solicitud de su compañera de cuarto, al final sentía que era menos provechoso. Para él, lo más natural y sencillo consistía en imitarla: tanto sus atenciones como sus descuidos. Hacer algo diferente implicaba un esfuerzo. El descuido o la excesiva cautela serían fabricados, artificiales; en vez de mutuos y fluidos. Las cantidades de energía empleadas para abusar o para dejar que abusaran de él le parecían equivalentes, y al mismo tiempo, invaluables y preciosas para alguien con su *espíritu*.

Trató de concentrarse una vez más en la lectura, pero Dani estaba muy quieta y parecía intentar dormir. No avanzó muchas líneas hasta que le pareció molesto el halo de luz, pero le pareció molesto porque estaba pensando en Dani. Gruñó un poco, fastidiado. Se levantó del piso y apagó la lámpara del techo. Escuchó un *buenas noches* en medio de la oscuridad, y adivinó una sonrisa en aquel tono de voz, como una especie de sonido blanco y titilante que se esfumó en unos segundos. *Buenas noches*. Luego de acostarse, no tardó demasiado en dormir profundamente.

Lo primero que vio al despertar al día siguiente fue un par de piernas de mujer flexionadas sobre un colchón, a unos cuantos pasos de él. Cuando recordó a quién le pertenecían esas piernas, subió la mirada con lentitud y se encontró a Dani con un libro en las manos. La luz de la mañana disminuía la intensidad del tono bronceado de su piel y desenhebraba sus cabellos desordenados. Era bella definitivamente, pero inoportuna. Raúl sintió que un hilo de baba le colgaba de la comisura izquierda de los labios y que en sus párpados las legañas se amontonaban como terrones. En realidad, solamente se sentía demasiado expuesto. Tenía la injusta impresión de que Dani lo había estado observando antes de que despertara. Ella permanecía impasible y concentrada en su libro. Raúl dio algunas vueltas en la cama para quedar

de espaldas a ella, y de ese modo logró dormir un tanto más. Cuando despertó de nuevo, pensó que Dani ya estaría ausente, de seguro caminando por la ciudad o viendo el mar o algo parecido. Se sorprendió cuando la vio leyendo en la misma posición de antes. Había pasado un buen rato, porque la luz del sol comenzaba a ser incómoda. No le quedaba más remedio que darse una ducha y salir.

Cuando se sentó en el borde de la cama, ella dijo *buen día* y sonrió otra vez. No era una de esas sonrisas fabricadas o de extrañeza; era auténticamente cálida, semejante a las que traen consigo ciertos recuerdos. Luego de una charla muy breve e irrelevante, Raúl tomó un baño, se alistó y salió.

Volvió a eso de las ocho de la noche: exhausto, aniquilado, deseando con fervor que Dani fuese una de esas muchachas incansables y anduviera sacudiendo su bronceado en alguna pista de baile muy lejos del hostal. Pero las esperanzas le duraron muy poco. Al abrir la puerta de su habitación, la luz de la lámpara le hirió la vista, y pronto pudo distinguir el bulto del cuerpo de Dani sobre la cama, sosteniendo un libro. Después de saludarla tenuemente, no pudo evitar fijarse en los detalles de su ropa de dormir. El pantalón corto color verde esmeralda le llegaba justo hasta un lunar que tenía en el muslo derecho, y su blusita sin mangas era color rosa. La tela se había amoldado a sus pezones puntiagudos, y por primera vez, Raúl fue consciente de que tenía senos pequeños. Más allá de la obvia atracción y de la motivación natural que experimentaba, también se dedicaba a contemplar a Dani por algo que lo había dejado un poco perplejo. Tenía la sensación de que ni ella, ni su ropa, ni sus piernas se habían movido de la cama desde que él se había marchado. El desgreño de su cabellera, comparado con la mañana, era indemostrablemente idéntico. Pero, por supuesto, eso no tenía sentido. Quizá fuese solo una impresión provocada por el hecho de que la pijama de Dani era la misma que le había visto al despertar.

Cuando estuvo listo para dormir, no tuvo que levantarse de su cama para apagar la luz. Ella se ofreció diligentemente justo en el instante en que Raúl deseó que el cuarto estuviera a oscuras.

Los hechos de la mañana anterior se repitieron con una fidelidad casi absoluta al siguiente día, hasta el momento en que Raúl estuvo a punto de marcharse. Súbitamente, en ese instante lo asaltó aquella extraña impresión que le había provocado la pijama de Dani. Vaciló antes de abrir la puerta. Ella leía. Era un libro azul oscuro que parecía un artículo de anticuario y que tenía las pequeñísimas letras del título en color dorado incrustadas sobre el lomo. Desde la puerta, no podía descifrar las palabras por la distancia, y decidió acercarse un poco. Dani se percató de que la miraba, bajó el libro y sonrió, inquiriendo a Raúl sin abrir la boca. Él se sintió un poco incómodo, pero logró preguntar *qué libro estaba leyendo.*

—*La vie de Beethoven.*

Lo deleitó profundamente el sonido de aquellas palabras, como si un gorjeo lleno de burbujas le rodeara los oídos. ¿Francés? Entonces debía gustarle la música clásica.

—Sí… Un poco. ¿A ti?

Claro. También, también. ¿Podía ver el libro? Era precioso. Pese a su sensibilidad a los sonidos de la voz humana, Raúl no sabía ni papa de francés. Cuando tuvo el libro en las manos, pudo leer algo en mayúsculas que era como el encabezado de una sección y supuso que tenía que ver con sinfonías. Para no complicarse la existencia, memorizó el número de página: 237. Le devolvió el libro y ella preguntó si sabía francés. Él respondió que un poco, y estuvo a punto de preguntar maquinal y estúpidamente *y ¿tú?* Se contuvo a tiempo, se despidió y se marchó.

Volvió mucho más tarde que en el día anterior, y estaba seguro de que iba a encontrar la luz apagada. Pero, en cambio, cuando entró, Dani leía en la misma posición de siempre y lo único que parecía haber cambiado era la intensidad del tono de su piel. Se veía notablemente más pálida y nadie hubiera podido decir que apenas un día atrás ostentaba un bronceado envidiable.

El libro era el mismo. Raúl volvió a sus pensamientos de la mañana. Le parecía una elección muy peculiar para una lectura de vacaciones, sobre todo si dices que solo te gusta *un poco* la música clásica. Por más que le dio vueltas, no pudo hallar una explicación satisfactoria.

En cierto momento, cuando se colocaba una crema refrescante en el rostro y ya estaba casi listo para acostarse, se encontró en un ángulo adecuado para observar la página en la que Dani tenía fija la mirada. Pudo distinguir la palabra SYMPHONIES y en el vértice superior derecho de la página, el número 237 se podía leer con claridad. Evitó hacer preguntas, pero sintió un estremecimiento. Luego, sintió temor a no sabía qué. Lo único que hizo para protegerse fue acostarse de espaldas a Dani. Ella se ofreció una vez más para apagar la luz y se dijeron *buenas noches* en medio de la oscuridad.

Cuando despertó, en vez de encontrar un par de piernas de mujer flexionadas, vio una pila de equipaje obstaculizando el paso entre su cama y la puerta. Antes de levantarse, buscó infructuosamente a Dani por toda la habitación. Se sentó en la cama, confundido, y comenzó a mirar fijamente las maletas, como buscando algún indicio que explicara por qué estaban allí. La pila consistía en una maleta grande, otra mediana y un par de bolsas de librerías. Sobre una de las bolsas, se podía observar un pedazo de papel que primeramente se le apareció a Raúl como una factura o un documento de compra. Luego, reparando con más detalle, se percató de

que era un papel fucsia pálido y que estaba rasgado, como si lo hubieran arrancado de una libreta. Se levantó y fue a agarrarlo con premura. Una caligrafía redonda e infantil dibujaba las siguientes palabras: *Por favor, mover a cuarto de equipaje. Gracias.* Pero mientras nadie las moviera, permanecerían allí atormentándole el espacio. Trató de no prestarles atención y fue a enjuagarse la cara al lavamanos. Luego de secarse con la toalla, no logró evitar que sus ojos se clavaran obsesivamente en las maletas, que desgarraban la uniformidad del piso, del aire invisible y de la luz de la mañana. Al final, la compañera medianamente buena había resultado ser otra desvergonzada más, otra *chupaespacio.* Le daban ganas de tirar el equipaje por la ventana, pero comprendió que era una agresividad demasiado severa para una afrenta que quizá no era fruto de una mala intención. Una afrenta, que al fin y al cabo, no era tal. Podía, más bien, considerarse una indiscreción, o en todo caso, indiscreción para alguien con la refinada sensibilidad que él padecía. Le pareció prodigiosamente irónico que, de manera involuntaria —estaba seguro de que Dani había actuado sin deliberación—, su inofensiva y estática compañera se las hubiera arreglado para retorcerle los nervios así. De modo que resolvió responder con una indiscreción equivalente, que a fin de cuentas, tenía un poco más de defensa propia. Se medio vistió. Tomó en su brazo izquierdo las bolsas y la maleta mediana; en su brazo derecho, la maleta grande, y se dirigió con bastante torpeza a la recepción del hostal. Estando allí, preguntó por el cuarto de equipaje. Tuvo que bajar a un lugar a manera de sótano, sumamente húmedo y abrasador. La única luz entraba a través de una claraboya muy estrecha. Gruñó en más de tres ocasiones al tropezarse con otras maletas, algunas mochilas y con una estantería de madera. Cuando logró acomodar el equipaje en un espacio vacío, subió a su cuarto, se vistió un poco mejor y salió hacia la ciudad.

Cuando volvió en la noche, caminando por el pasillo oscuro, se percató de que un halo de luz emergía bajo la puerta de su habitación. Rogó que alguien de la limpieza la hubiera dejado encendida por descuido. Giró el pomo de la puerta con los dientes pelados y apretando los ojos. Un anciano sentado en la cama que había ocupado Dani lo saludó con parsimonia. Era calvo, con manchas marrones en el cuero cabelludo y una ligera joroba que se abultaba más por el hecho de estar sentado. Raúl apenas logró disimular el disgusto y devolvió el saludo. Dejó sus cosas sobre la cama y le echó un vistazo de evaluación al cuarto. El señor había dejado su equipaje rodeando su cama e incluso una maleta voluminosa interrumpía el espacio que separaba la cama de él de la de Raúl. Dos pares de zapatos estaban al lado del lavamanos, pero lo que en verdad le enfureció fue la cantidad de objetos que circundaban el grifo. Eran artículos de higiene: una lata pequeña de espuma de afeitar, un tubo de pasta de dientes, un cepillo, una pomada y una peinilla. Raúl no se desvistió y salió del cuarto de inmediato, determinado a acabar con esa intrusión a su espacio y a su silencio.

A pesar del enojo, abordó al encargado con bastante elocuencia y calma. Primero le preguntó si había varias habitaciones desocupadas. Tras la respuesta afirmativa, con reproche solapado, tímidamente preguntó por qué tenía un compañero de cuarto habiendo tantas habitaciones desocupadas. El encargado respondió refiriéndose a una política del hostal y luego formuló la pregunta que ni el propio Raúl se atrevía a hacerse.

—¿Desea una habitación privada? Porque puedo asignarle una ahorita mismo.

Raúl lo miró por espacio de dos o tres segundos, hasta que sintió que sostener la mirada por más tiempo sería visto como un gesto de hostilidad. Pronunció un apagado *No, gracias* y volvió a su habitación, sintiéndose enormemente derrotado y con unas apabullantes ganas de dormir.

El anciano seguía sentado en el borde de la cama, y era más evidente un aire de tristeza y de melancolía en su mirada fija en el suelo. No se inmutó con la llegada de Raúl. Quizá tuviera una historia que valdría la pena escuchar, incluso a esas horas de la noche, pero a Raúl le pareció que ya se había interesado demasiado por aquel señor y comenzó a prepararse para dormir. Cuando estuvo vestido con su ropa de noche, se levantó y caminó hacia la puerta, puso el dedo en el interruptor de la luz y miró al señor. Seguía ensimismado con los ojos fijos en el suelo. Raúl sintió que no hacía falta preguntar y bajó el interruptor.

Ya estaba acostado y venían llegando paulatinamente esas saludables y sabrosas incoherencias previas al sueño, cuando un grave sonido lo devolvió a la vigilia. Se quedó callado y contuvo la respiración, hasta que el sonido se escuchó de nuevo. Eran palabras en la voz del anciano. La luz estaba encendida otra vez.

—Señor… Señor, disculpe.

Raúl solo volteó su cabeza. *Ajá.*

—Lo que pasa es que me gustaría hablar con alguien por solo un momento… nada más un momento… Mire…

Y Raúl se dio cuenta de que no había escapatoria. Había sido bastante atrevido aquel señor melancólico. Eso era extraño. Debía tener una razón muy peculiar para interrumpir el sueño de un desconocido. Pero había que escuchar lo que tenía que decir.

—…entonces, desde hace un año estamos en esta lucha. Usted hubiera tenido que verla antes de todo esto. Tenía una piel bellísima la beba. Le gustaba la playa, pero sabía que no debía ir demasiado… Por eso su piel era tan bella… Ahora está toda pálida… Cuando la veo, no quiero, pero me acuerdo…

Raúl agradeció el hecho de que solo tenía que pronunciar un par de palabras para que el hombre siguiera con su carretilla de desahogos.

—Hacía rato que no recaía… Y ahora es grave. Creo. No sé… Me gusta el nuevo hospital, por lo menos. Lo bueno es que no queda tan lejos de aquí.

Hubiera preferido sentir indiferencia, pero sus caprichos fueron sinceros. Deseó que la hija de aquel señor se recuperara o muriera lo más rápido posible para que se largara rápido.

—Bueno… no lo molesto más.

¿Cómo se le ocurría? No era molestia, tranquilo.

—Sí, sí es molestia. Pero se lo agradezco muchísimo… Buenas noches.

La mano abierta de Raúl osciló y ese fue su *Buenas noches*. El viejo se levantó y apagó la luz.

Tuvo un sueño intranquilo. Sintió que se despertó un par de veces y que ese sonido grave de la voz del anciano se escuchó periódicamente durante la noche. En la mañana, no recordaba los sueños que había tenido, pero estaba seguro de que en todos había aparecido un puñado de piedras, piedras calientes sobre un pedazo de suelo seco y rajado.

Todo el equipaje que en la noche anterior yacía regado en desorden por el cuarto, se encontraba amontonado e interponiéndose entre su cama y la puerta. El viejo no estaba por ninguna parte. Se desperezó y se sentó en el borde del colchón. Miró el bulto de maletas y buscó una explicación en ellas. Estaba adormilado y tardó en reconocer el papel trabado en el asa de la maleta más grande. Era plateado de un lado y blanco del otro. Parecía uno de esos papeles que envuelve los cigarrillos dentro del paquete de cartón. En el

lado blanco podía leerse: *Mover al cuarto de equipaje. Por favor y gracias.* Se le metió la alegría por los pies. Hasta sonrió. Se concentró solo en el hecho de que el viejo se había marchado… solo en ese hecho… en ningún otro. Y como gesto de agradecimiento a semejante obsequio del nuevo día, decidió llevar las pertenencias del anciano al cuarto de equipaje. Así también despejaba el espacio. *Todo mundo gana.*

Debió hacer dos viajes, porque el equipaje del señor consistía en cuatro maletas grandes y una mochila. En el segundo viaje, la tenue luz de la claraboya del sótano le bastó para comprobar con un escalofrío que las maletas de Dani permanecían en el espacio donde las había dejado el día anterior. Se quedó petrificado por unos segundos, pero logró sobreponerse y volvió casi huyendo a su cuarto. Estando allí, se tranquilizó un poco. Abarcó la habitación con mirada satisfecha y rostro complacido. Pensó en su día, se alistó y se marchó hacia la ciudad.

Por la noche, tuvo un presentimiento extraño mientras caminaba por el pasillo rumbo a su cuarto. Al tratar de entrar a la habitación, solo pudo abrir la puerta hasta la mitad, porque algo comenzó a hacer resistencia. Era un objeto voluminoso y pesado. Raúl empujó más fuerte y el objeto cedió, produciendo un estrépito. Al dar el primer paso en el cuarto, lo primero que vio fue a Dani sobre la cama en la misma posición de antes, con las piernas flexionadas y con su pijama verde esmeralda y rosado. Quedó atónito. Más aún porque ella tenía el libro abierto sobre su abdomen y en vez de estar leyéndolo, concentraba su mirada profundamente en Raúl.

Cuando logró a duras penas recuperarse del asombro, comprobó que el objeto que había estado trancando la puerta era una maleta. El equipaje de Dani estaba regado por todo el cuarto e incluso había ropa esparcida por el

piso. Y ella seguía mirándolo, con una media sonrisa en el rostro que parecía más bien una mueca. Estaba más pálida, y su silencio —antes placentero y grato—, le llegaba a los oídos como una especie de amenaza.

Raúl comprendió lo que sucedía, y no quiso imaginar al viejo. Cerró la puerta con furia y miedo y salió corriendo del hostal.

El asfalto estaba mojado por un fuerte aguacero que había caído antes del anochecer, y el reflejo de las luces sobre el pavimento le daba a la noche un aspecto de película vieja. Raúl no pudo explicarse por qué tenía la necesidad de correr. Solo corrió y nada más, alejándose de la ciudad a cada segundo, hasta que la uniformidad de apariencia y posición de los edificios fue quedándose atrás, y se trocó en lotes baldíos y casas destartaladas. Siguió corriendo. Huía casi frenéticamente, con pavor y pánico. Corrió sin cesar hasta que sus pulmones se lo permitieron, y entonces se detuvo exhausto y vomitó sobre la calle. Las arcadas fueron tan brutales y espasmódicas que tuvo que poner una rodilla en el suelo. Se tomó un momento para tratar de respirar. Cuando se recuperó del mareo y de las náuseas, comenzó a caminar con lentitud. Sintió el sueño abatiéndole los párpados y los hombros. Tenía que encontrar un lugar donde dormir. Y, para colmo, había comenzado a llover de nuevo.

Los edificios eran cada vez más ruinosos y escasos, pero la lluvia arreciaba y más valía que encontrara un sitio rápidamente, o de lo contrario tendría que caminar hasta que amaneciera. Lo atrajo la imagen de una mole blanca en medio de la oscuridad. Era una construcción abandonada, de tres o cuatro pisos, con el pasto creciéndole dentro y fuera de las paredes. Se acercó con cautela, examinando por si alguien vigilaba el lugar. Cuando comprobó que no era así, se decidió a entrar al edificio.

Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra que encontró en el interior. Había manchas negras por todos lados y el viento movía la hierba uniformemente, encubriendo el sonido de las alimañas que se arrastraban. Ya casi se caía por el cansancio. Solo esperaba encontrar un espacio en el que el pasto no fuera tan abundante.

Subió unas escaleras que estaban húmedas por la lluvia que se filtraba a través de los hoyos en el techo, y llegó a un piso lleno de pedazos de cemento y de polvo. No pudo soportar más y se echó en el suelo, sobre algunas piedrecillas agudas que le punzaban los costados. Inesperadamente, se sintió cómodo, dueño de un rincón imperturbable y gigantesco. No le hubiera caído mal una colcha, pero al menos no había voces ni presencias que lo miraran dormir.

La brisa traía un sonido diferente, un sonido peludo y negro, como una bestia de ojos amarillos. Pero Raúl tenía demasiado sueño. Medio adormecido, pensó que hubiera sido mejor quitarse la ropa mojada. El viento ayudaba un poco. Se había vuelto cálido. Casi como un aliento.

Una sonrisa le vino al rostro. Tenía los ojos cerrados. El sonido en la brisa se había llenado de músculos y arterias. Sonrió, porque por fin una noche era suya por completo.

Incidente de tranque

Toda la gente me estaba mirando. Hasta los bebés. Me miraban con la boca abierta. Yo alcé los sobacos un poco. No era para tanto. Todos unos ridículos…

El hijueputa grajo es la vaina más común del mundo, pero me seguían mirando. Pasábamos por Avenida Balboa y yo era el único que de vez en cuando se ponía a ver el mar. Es feo, sucio y hediondo, pero es mar… En vez de estarme mirando a mí… Y, para colmo, todos calladitos, como esperando que hiciera algo. Yo no iba a hacer ni verga, me importa un carajo. Mírenme todo lo que quieran. Ustedes se van a cabrear antes que yo.

El mar estaba lejos. Toda esa arena que parece lodo estaba al aire. Bien afuerita, en el horizonte, se veía el reflejo del agua. Hacía un día pendejo, también. Ni un poquito de sol. Todo lleno de nubes grises, pero gris claro, de esas que dan calor, no de las negras que se aparecen cuando hay olor de aguacero en la brisa.

El bus entró al Corredor Sur. Toda esa burra de gente me seguía mirando. Pero no hagas nada, coño. Creen que les voy a decir algo. Ni sebo. Sigan mirando… Sigan mirando.

Se me ocurrió darles algo bueno para mirar. Comencé a imaginar a una vieja en pleno bostezo. La imaginé y la imaginé hasta que se me abrió la boca de par en par y se me salieron unas lágrimas. A los segunditos, todo el mundo estaba bostezando. Y a mí hasta se me salió una carcajada…

Cuando cada quien había cerrado la boca, comenzaron a mirarme más serios todavía. Algunos tenían la cara achurrada. Yo dejé de sonreír y seguí mirando para afuera. Después de un rato, volví a ver a la gente a los ojos. Había más caras achurradas. Un muchacho, chiquillo casi, se paró de su asiento y apretó los puños. Toda esa pantalla sin dejar de mirarme.

Ya se iba a formar la vaina, pero me dio culillo. Culillo y rabia. Coño, yo no les voy a dar el gusto. A mí no me van a sacar la mierda un poco de payasos en un bus. Se van todos para la verga.

Y hundí el botoncito pidiendo parada. Seguían mirándome cuando yo ya estaba en la calle, pero el bus arrancó y se fue.

Yo comencé a caminar hasta que llegué a una barriada bonita, con un montón de palmas altas que parecían sembradas con hilo. Las casas eran como iglesias, de lo grandotas y curiositas.

Me metí por las calles que quise y no me topé con nadie hasta que llegué a un cruce. Había una fila bien larga de carros. Unos muchachos con licras y suéteres pegaditos estaban trotando, pero se pararon apenas me vieron y se quedaron mirándome. Lo mismo hicieron unas señoras con viseras. La gente formó un círculo y me encerró. Más bien, una media luna. Yo me quedé quietecito. Se me ocurrió muy tarde salir corriendo. De la fila grande de

carros en la calle, cada conductor y pasajero se bajó y se fue metiendo al tumulto. Unas señoras con escobas en la mano fueron saliendo de las pocas casas bonitas que quedaban todavía. Y cuando traté de escaparme, me pegaron la primera trompada. El golpe me sentó en el suelo, y yo iba a levantarme y a manotear como loco a ver a quién le sacaba un diente, pero todo mundo se me tiró encima y no me pude mover. Comencé a sentir un olor a ternero muerto, como de cinco días, cuando los gallotes nada más han dejado las pezuñas y el pellejo duro. Todos pateaban, escupían y me pegaban con las escobas o con los puños cerrados, y no podía dejar de sentir esa hediondez que les salía a todos de los cuellos y de las bocas. Sentí asco. Un asco horrible. Solo quise salir corriendo. Apartarme de todos. Porque eso es lo que uno hace cuando siente asco. Uno corre. Uno huye. A uno le va dando una vaina que no se quita si uno no se pone bien lejos de la cochinada. Así es que el asco se siente. Pero ellos seguían cerca.

Al rato, se cansaron y se fueron. Aunque no estoy seguro de si se cansaron o qué fue lo que les pasó, pero me dejaron tranquilo.

Todavía hiede un poco. Y yo me he vomitado encima como cinco veces, pero sigue esa hediondez. Ahorita ya solo me vienen las arcadas de vez en cuando. Y yo no creo que me esté quedando sin vómito, no… Si hay necesidad, hasta la mierda uno puede vomitarla… No…

Lo que pasa es que en verdad yo creo que esta vaina me está comenzando a gustar.

Animales silvestres

No puedo juzgarlos por haber tenido miedo. Aquella mañana fue inusualmente bella, pero no sospeché nada. Y bella, no en un sentido meteorológico, sino estrictamente por la sensualidad de todos sus acontecimientos. Los días aquí son mecánicos, y a menos que mires los engranajes y los movimientos predecibles con ojos de ternura y conmiseración, no hay más espectáculo que la perfección de las líneas rectas. Durante varias caminatas, me he topado con madres que llevan cargadas a sus criaturas en brazos, completamente resguardadas y protegidas por cobijas de color pastel y ropas de algodón, tan cálidas a la vista como el aroma de la madera. Y lo único que me ha reconfortado ante esos episodios es imaginar a esas mujeres arrastrando a sus bebés desnudos sobre la acera sembrada de piedrecillas.

Semejante esfuerzo mental no fue necesario aquel día. A pesar de que estaba adormilado, entre el gentío se me apareció de frente un rostro en el que se podía descansar la mirada. Venía en la dirección opuesta y tenía los ojos fijos

en el suelo con cierta solemnidad. No tengo idea de por qué ese rostro se alzó sobre la muchedumbre, por lo demás variopinta y heterogénea. Es decir, deforme. Es decir, de irrecuperables individualismos. Sin duda, contribuyó el hecho de que ella sonreía, pero estoy seguro de que muchas otras personas sonreían en aquel preciso momento. Su belleza, que no excedía ningún tipo de precedente, no fue determinante. Tal vez lo fuera la simetría entre el color de su sonrisa y el tono de la luz del sol. Es la única explicación que me queda, y la que tiene alguna lógica, porque en mis recuerdos la figura de aquella muchacha es un pedazo de colores vivos atravesando una multitud de manchas negras, blancas y grises.

Gracias a que tenía los ojos fijos en el suelo, no advirtió que la miraba. Ella caminaba despacio. Yo me había quedado quieto en medio de la acera y algunos me golpeaban con sus hombros y balbuceaban insultos. Cuando pasó a mi lado, supe inmediatamente que debía desviarme de la ruta que me había trazado y seguirla.

Estando detrás de ella, me dediqué a apropiarme de la mayor cantidad de detalles que me fue posible. Esto siempre me ha parecido un fastidio, cuando no lo hago de forma involuntaria. La razón y la conciencia son estorbos. Logran darle un orden a cada gesto, a cada arruga de la ropa y a cada oscilación de los brazos. Y en el orden, los sentidos se agudizan y se pierde más. Mucho más. Demasiado más.

Por celos y por una evidente ineptitud, del mismo modo en que me he guardado voluntaria y obligadamente cada sensación de absoluto, voy tan solo a insinuar a aquella muchacha. Mientras miraba su espalda y sus hombros, los pequeños estremecimientos de su cabello castaño claro —con breves regiones rubias delineadas por límites fundidos y difusos— dejaron en mi mente la impresión de un animalillo palpitante.

Decidí que tenía que verla de frente una vez más. Calculando su posible trayectoria, crucé la calle hacia la otra acera, corrí hasta una esquina, volví a cruzar y tomé la dirección contraria. Ella seguía caminando con mucha lentitud, y sus ojos en ningún momento se habían levantado del suelo. Sonreía con cierta frecuencia. Era una curva apenas visible en su mejilla. Una mejilla soleada.

Había menos gente desde que comencé a seguirla y podía verla con mayor libertad. Por su paso calmado, tuve tiempo para pensar antes de estar muy cerca de ella. Debía hacer algo. Debía colocarme entre su mirada y el suelo, participar de ella. Si no quería ser patético, lo mejor era ponerle una zancadilla. Que se cayera y me mirara con odio. Que me mirara…

No le di muchas vueltas al asunto. Estaba muy resuelto a interponer mi pie en su camino. Ella se encontraba cada vez más cerca. Yo metí las manos en los bolsillos de mi pantalón. Comencé a andar despacio. Fui consciente de todos los músculos de mi pierna izquierda. Imaginé cada detalle del tropiezo. Lo primero que se movería serían sus brazos, para amortiguar la caída. Lo segundo que se movería sería su entrecejo. Se achurraría y me buscaría con furia. Luego se limpiaría las rodillas sucias con la palma de sus manos. Mi paladar se humedeció. Solo bastaba un movimiento sencillo y un poco de presión para empezar a sentir todas esas brillanteces.

Cuando la muchacha estuvo a la distancia precisa… la dejé seguir. Solo miré sobre mi hombro una vez, pero del contoneo de su imagen yéndose no me queda mucho. Hay cierta similitud entre lo que sentía mientras me alejaba de ella y lo que se siente cuando se corta un tomate en rodajas.

Demoré mucho rato reconstruyéndola una y otra vez mientras retomaba mi camino. Me encontraba algo alejado de la estación por haber estado siguiéndola. Desde el

principio de la mañana había pensado meterme al metro y deambular en círculos por la ruta hasta que llegara a sentir repugnancia de un viaje adicional.

Me desplacé entre la gente, subí las escaleras y abordé el tren completamente absorto en los detalles de aquella muchacha sin nombre. Mi concentración era tanta, que por poco paso por alto el silencio dentro del vagón. La quietud y la ausencia de ruido me sobresaltaron de repente, y esfumaron todas las imágenes de sol y piel que se paseaban por mi cabeza. Aire acondicionado y luces blancas. Labios apretados y ojos a la deriva. No parecía el silencio fabricado de las personas que están a la espera. Había algo distinto. Una especie de acuerdo, de tregua colectiva. Busqué, en vano, alguien que quebrara aquella uniformidad. Hasta unos segundos antes, yo había formado parte de ella. Era realmente extraño cómo cada persona parecía haber abandonado sus ojos. Miradas vacías con un peso que oprimía el aire. El tren estaba saturado. Abrirse paso con los ojos en medio de aquella gente producía un sentimiento de frondosidad. Si le hubiera dado un puñetazo a cualquiera, nadie hubiera respondido. A pesar de la distancia insalvable entre cada pensamiento que revoloteaba allí, percibía una espesura que podía empuñarse. Como un cardumen de peces intentando ser un pez gigantesco.

El tren llegó a la última estación conteniendo aquel silencio en sus vagones. Cuando llegamos a la terminal, ya hacía buen rato que había desistido de mi plan de dar vueltas hasta el hastío. Decidí seguir a aquel peculiar e irrepetible grupo de humanos. Tenía la rara certidumbre de que tardarían en dispersarse. Y, de algún modo, casi fue así.

Seguir a un grupo tan numeroso de personas es un ejercicio aproximado, de una perfección irrealizable. Lo único útil para tratar de no perder el rastro de la mayor parte de las personas fue una imagen artificiosa de cómo nos veíamos

desde lo alto. Atravesamos el puente que une la estación del metro con la terminal de buses. Allí, casi una tercera parte del grupo se dispersó en completo desorden. Los que restábamos seguimos caminando hasta llegar a aquel puente de hierro que une la terminal de buses con el *mall.* Era temprano aún. Las puertas que conducían a las tiendas y a los restaurantes estaban cerradas. Nos detuvimos ante ellas cubriendo el umbral y buena parte del puente. La mayoría se recostó sobre los barandales y miró hacia la calle que fluía debajo. El silencio permanecía, interrumpido fugazmente por el sonido metálico de algunos pasos cerca de mí, y asentado sobre nosotros por el estruendo de las bocinas y de los motores de los autobuses y taxis.

A decir verdad, desde aquel puente no hay mucho que ver. Solo algunos oscurecidos y sombríos cerros verdes en la lejanía, y los enormes brazos metálicos de las grúas que insinúan la aridez inmutable del puerto de carga.

Mira, un perro. El silencio salió volando como un ave asustada por un crujir de hojas, y yo me quedé pensando en los jaguares. Precisamente en los que de vez en cuando se atreven a cazar el ganado de los granjeros.

Una general sensación de impaciencia fue perceptible en la multitud. Taconazos continuos y rítmicos, tamborileos sobre los barandales del puente y cambios frecuentísimos de acomodos corporales. No esperé nada más de ellos. Ya me habían dado mucho.

Las puertas se abrieron tan solo unos minutos después. La gente se abalanzó hacia el interior del *mall* en un tropel casi desesperado. Algunos dependientes daban los últimos retoques a las tiendas, y a pesar del tumulto que había ingresado al edificio antes de mí, aún había suficiente soledad.

Comencé a caminar por los pasillos durante una media hora, mirando de un lado a otro. Después supuse que ya todos los

locales estarían abiertos. Hacía buen rato que no recorría las tiendas de ropa en busca de unos cuantos empleados valientes. O de tan solo un valiente. Me conformaba con uno. Sabía que existían 37 establecimientos con maniquís en el *mall*. No tenía ninguna prisa. Comencé a recorrerlos sin seguir un orden, y hasta creo que entré más de una vez en varios. Hombres vigorosos, proporcionados y pulidos. Absurdas mujeres sin costillas. Geometrías aparte de las líneas alrededor. Nada fuera de lo decepcionantemente normal. Siempre he querido encontrar algo así como unos ojos de Mona Lisa incrustados en una de esas cabezas, o tal vez un vientre cubierto por completo de vello púbico. Mi único consuelo fue contemplar aquellos usuales maniquís amputados de brazos y piernas, que vienen a ser especies de bustos futuristas homenajeando inútilmente a personas que ni siquiera existen.

Tomé alrededor de tres horas deambulando entre los 37 locales. Me aguardaba una agradable sorpresa en el último establecimiento que alcancé a visitar. Uno de los encargados había dejado un maniquí a medio vestir, quizá de la manera más afortunada. La pieza de ropa le cubría solamente la cabeza, y era como una persona a la que le hubieran dado cinco segundos para ponerse algo antes de tomarle una fotografía. Nunca lo averigüé, pero espero que el responsable haya tenido conciencia de aquel momento precioso.

En ese instante, no me percataba de las cosas. Tan solo fluía entre ellas casi adormecido. Sintiéndome de alguna forma satisfecho, caminé hacia la salida del *mall*. Había decidido tomar la poco concurrida acera que conduce hacia el centro de la ciudad. Cuando estuve en los estacionamientos, me fijé en uno de los locales que había cerca. Era una tienda de electrodomésticos y tecnología que se alzaba como una última fortaleza casi al borde de la calle. El día estaba nublado. Probablemente llovería cuando estuviera a medio camino. Me iba a mojar de todos modos, así que decidí entrar.

No pasé jamás del primer pasillo. Era la sección de televisores. Algunos aparatos reproducían imágenes de guacamayas y de monos sugiriendo un alboroto estridente en las cimas de lo que debía ser alguna selva de Suramérica. En otro televisor observé a una niña pálida de ojos verdes, cabello rubio y traje rojo, que se paseaba como un espíritu por una llanura atestada de rosas. Al final de la sección, podían verse varios partidos de fútbol que parecían infinitos. En una de las pantallas estaba la imagen de un portero suspendido en el aire, con el cuerpo estirado hasta las uñas. Pero el portero no caía. Permanecía levitando y nada se movía a su alrededor.

Le di la primera oportunidad. Seguí mirándolo fijamente, esperando que su cuerpo se estrellara en el césped de un momento a otro. Parecía un partido de liga inglesa.

Le di la segunda oportunidad. Me crucé de brazos, empuñé mis bíceps y los apreté hasta sentir dolor. No hubo cambio alguno en la escena. Parecía inmutablemente primitiva, detenida como un fémur entre las rocas. Yo comenzaba a advertir las vestiduras desgarradas, los ojos vaciados y los pómulos derretidos. Siempre que me pongo nervioso, repito compulsivamente el movimiento de peinar mi cabello con ambas manos. La grasa de mi crema de peinar me estaba dejando las manos viscosas.

No tuve fuerzas para darle una tercera oportunidad. El televisor era pesado. Lo supe en cuanto lo sostuve sobre mi cabeza, antes de arrojarlo al suelo con un bramido. El estallido de la pantalla fue memorable. Hubo gritos de terror, pero no les hice demasiado caso, y comencé a pisotear concienzudamente el caparazón de plástico hasta partirlo. Un *seguridad* gritaba algo que ya he olvidado, mientras se acercaba a mí corriendo. Trató de inmovilizarme con sus brazos, pero yo lancé una trompada sin mucha coordinación y mi puño por casualidad se estrelló en su

mandíbula. Cuando cayó al suelo, me desentendí de él y seguí pisoteando los restos del televisor. Tenía que hacerlos nada. Esfumarlos.

A los pocos segundos, luego de un sonido hueco y de un resplandor morado, sentí una picada de abeja arriba de mi nuca. Tuve que cerrar los ojos. Luego de otro ruido hueco, se me escapó el aire de los pulmones y un latigazo púrpura se expandió en el área de mi omoplato. Comprendí que me habían golpeado dos veces. El tercer golpe fue en la sien izquierda, mientras trataba de voltearme. Caí de bruces y giré como pude hasta quedar de espaldas al suelo. Pensé que los golpes habían acabado, pero enseguida vi un tolete que descendía a toda velocidad. Traté de protegerme con las manos, pero el tolete encontró las rendijas. Me abrumó tanto la cantidad de sonidos que, luego de un momento, solo comencé a ver los movimientos rápidos y firmes sin escuchar nada.

El hombre se detuvo y comenzó a hablar. Sus labios se movían, pero no podía escuchar lo que estaba diciendo. Le corría un poco de sangre por la barbilla. Debía ser aquel tipo que había recibido mi trompada. Y yo volví a pensar en los jaguares. Pensé en un jaguar merodeando entre las líneas rectas de un potrero, pero un dolor relumbró en mis costillas y me concentré en apretar los párpados para entretener mi mente.

La policía tardó unos diez minutos. Aún yo estaba tirado en el piso. El cuerpo me latía como si tuviera fiebre. Me ayudaron a incorporarme, me esposaron y pude salir caminando de la tienda.

Había mucha gente en los estacionamientos. Como era de esperarse, se detuvieron a ver el espectáculo. De seguro estaban contentos de poder percibir el aliento y los músculos de los demás a tan poca distancia. Faltando unos cuantos

pasos para llegar a la patrulla, miré a todas esas personas y pensé una vez más en los jaguares. El miedo es una cosa tan prismática.

La sangre cálida se derramaba desde mi cabello hasta la boca y sabía a metal. Un rayo de sol se inmiscuía entre el montón de nubes. Quizá no caería la lluvia. *El color de aquel rayo de sol era idéntico al de un rayo de sol*. Y sentí gratitud.

La patrulla comenzó a andar. Yo agradecí la simetría de los colores con mis ojos abiertos.

Conversación de enamorados a las 2:30 de la madrugada

De vez en cuando, el naturalismo tiene sus deleites. A veces se siente como jugar al escondite con los niños, o como cuando se devuelve de una patada el balón de unos muchachos que ha rodado muy lejos. Uno llega a sentirse útil. O mejor dicho, uno hasta llega a ser útil. Efímeramente, por supuesto… pero útil. Imagino que ese debió ser el placer de los escribanos y de los cronistas. Y es lógico. Una vez que hablábamos de cuestiones de dudoso provecho para la humanidad, una amiga me contó que los primeros escritos de los sumerios —indiscutibles padres fundadores de este oficio— fueron recibos de compra. Cosas del estilo de *Una libra de caviar, dos kilos de comida para gatos, una libra de pan francés y un litro de chicheme. Pagado con tarjeta de crédito*. Naturalismo en su versión más prístina y fundamental.

Y bueno… Creo que ya he dado suficientes rodeos para convencerme de abandonar la cómoda certidumbre de mi inutilidad ante los anhelos de permanencia de la curiosa y tierna especie humana. Hay que echar una cana al aire de vez en cuando. Por eso transcribo la

apasionada conversación de un par de insomnes en un lava-auto —anglicismo salvaje— en medio de la madrugada.

Sentados sobre un banco de aluminio, un hombre panzón y trigueño, con una lata de cerveza en la mano, ojos resecos y vidriosos y una cadenita de oro que le cuelga sobre una camiseta de la selección panameña de fútbol; y una muchacha, delgada y sinuosa, que lleva pantalones blancos y blusa celeste, y a la que el cabello le llega hasta la mitad de las nalgas. Lo tiene teñido de amarillo rubio, con las raíces color castaño. Es preciosísima.

Muchacha: No sea bruto… Déjeme el teléfono quieto.

Hombre: Ajá… Y ¿cómo sé yo con quién tú estás chateando?

M: ¿Con quién voy a estar chateando yo? Con la familia, pues… Claro, como usted tiene toda su familia acá.

H:…

M: Y no me mire así…

El hombre le devuelve el teléfono que le había arrebatado segundos antes. La muchacha lo toma con un gesto enérgico y quita la cara. Se acomoda el cabello y guarda el teléfono en su cartera.

H:… ¿A qué hora es que tienes que volver?

M: Me tiene que ir a dejar al hotel máximo a las nueve de la mañana. Máximo.

H: Chucha, y ¿es que ya no te gusta estar conmigo ahora?… Cada vez es menos rato… Y yo ni siquiera entiendo cuál es la vaina con que ustedes salgan por ahí. Yo creo que eso es puro cuento tuyo.

M: ¡Ay, Dios!… ¿Cuántas veces ya le he explicado lo

mismo? ¿No ve que nos puede agarrar migración por los papeles?... ¿Usted no se acuerda de que no tengo la residencia?

H: La residencia... a mí Claudio me dijo que no te dejan salir porque eres puta y no quieren que le digas nada a la policía...

M: Y entonces usted se cree todo lo que le dice ese Claudio, ¿verdad? Ahora él es papa Dios... Ese *man* es un envidioso. Eso es lo que es él, que no se puede levantar una mujer que valga la pena. Y usted de bobo no se da cuenta de eso.

H:... pero, entonces, ¿qué es lo que tú haces allá dentro?

M: *También* se lo he dicho varias veces. Nos toman fotos. Nos llevan ropa nueva y nos toman fotos para anuncios y esas cosas... Yo siempre le digo que si quiere ver las fotos, y usted me dice que no.

H: Ya... está bien, está bien...

M: ¡Qué intenso que está hoy!

H: Ya... Está bien... No te voy a decir más nada. Sabes que a mí no me gusta pelear.

M: Pues no pareciera...

Ambos apartan la mirada hacia lados contrarios. La muchacha cruza los brazos y hace un puchero casi imperceptible. El hombre se encorva, como si quisiera descansar todo su peso sobre su panza.

H:... Entonces, ¿te voy a ver el otro domingo?

M: Sí. Desde el sábado. Acuérdese de que el otro domingo me toca devolverme a visitar a mi mamá... Usted me dijo que me iba a llevar al aeropuerto.

H: Chucha, no me acordaba... ¿Cuánto tiempo es que te

quedas por allá?

M: Un mes y regreso.

H: ¡¿Un mes?!... Tú me quieres matar.

M: Ay, papi, pero si yo le dije que si quería ir conmigo y usted me dijo que no.

H: No puedo, no puedo... Me quitan el taxi... Acuérdate.

M: Bueno... qué se le va a hacer...

H: ¿Te vas a acordar de mí cuando estés por allá?

M: Claro que sí... ¿Y usted? ¿Se va a acordar de mí? ¿Se acuerda de la promesa que me hizo?

H: Sí, mi amor... nos vamos a casar cuando vengas. ¿Verdad que te vas a ir a vivir conmigo?

M: Verdad. ¿Cuándo yo le he dicho mentiras?

H: Ya quisiera saber yo...

M: Ay... yo diciéndole cosas bonitas y usted viene y se la daña.

H: Ja ja ja. Sigue, sigue.

M: No, ya no, ya pasó...

La muchacha saca el celular, pero casi de inmediato lo guarda nuevamente, y se queda mirando el interior de su cartera por un momento.

M: Oiga...

H: ¿Qué pasó?

M: Se me había olvidado enseñarle algo. Mire lo que le llevo a mi mamá... Está bonito, ¿verdad?

H: Sí… el color está curiosito.

M: Sí… Entonces, a Beatriz, mi hermanita… ¿se acuerda de que yo le he hablado de ella?… Bueno, a ella le llevo este vestidito. Los mandé a comprar con una señora que nos hace la limpieza… Costó un montón de plata, pero está lindo.

H: Oye, pero no se ve tan caro.

M: Ay, usted ni sabe… Entonces, a Julián, mi hermanito, el más chiquito, le llevo esto.

H: ¡Mira, tú!… Todavía salen esos camiones. Yo tenía uno así.

M: También costó bastante.

H: Lo hubieras mandado a comprar conmigo…

M: Sí, yo sé… Para la próxima… y este libro para niños, también.

H: ¿Ya el *pelaito* sabe leer?

M: No, no, brutico… Para que mi mamá se lo lea.

H: ¿A ti te leían cosas así?

M: No sé… no me acuerdo.

H: A nosotros, las maestras de la escuela, como no nos podían pegar, nos echaban cuentos de vez en cuando, pero eran vainas de miedo y esas cuecadas…

M: ¿Usted cree que le gusten los regalos a mi mamá?

H: ¿Listo, viejo? Dale, pues… Vamos, mi amor. Ya lavaron el carro.

M: Ah, bueno… Listo… Vamos.

Con cierta dificultad, atribuible de seguro a un pequeño

grado de embriaguez, el hombre se incorpora, mientras la muchacha guarda en su bolso todos los obsequios que había sacado y que había puesto sobre el banco en el que está sentada. Ella tarda un momento en levantar la cabeza. Está mirando su cartera del mismo modo en que se mira largamente a alguien durante una despedida. Luego se para y comienza a caminar hacia el taxi, a unos cuantos pasos detrás del tipo. Cuando lo alcanza, el hombre le rodea la cintura con su brazo. Ambos se suben al automóvil y se pierden detrás de una aceleración.

Me entregan mi carro unos minutos después. La calle está húmeda y borrosa. Es como si me encontrara dentro de un poema.

Fin de la noche

Estoy realmente cansado y las luces de policía no se marchan aún. Al parecer, le han disparado a alguien cerca de aquí, o por lo menos eso me escribió un vecino en el teléfono. No lo puedo confirmar. La vista que ofrece la ventana de mi apartamento está obstaculizada por algunos edificios bajos, y solo alcanzo a divisar el resplandor rojo y azul.

Quizá en el pasado, cuando no se sabían las cosas con tanta rapidez, sino a la mañana siguiente en la portada del periódico; quizá en aquel tiempo no me hubiera importado mucho el resplandor de las luces de la policía. Probablemente hubiera pensado que se trataba de un robo o de un disturbio doméstico. Pero ahora tengo la certeza casi absoluta de que alguien está comenzando a pudrirse a quinientos metros de aquí. Su muerte no es lo que importa. De seguro, no lo conozco. Lo que importa es que ya empezó a pudrirse, y Nathalia acaba de decirme que está embarazada, y luego hicimos el amor. Después vi el mensaje sobre el tiroteo, mientras ella se revolvía en la cama con los ojos cerrados

y la boca semiabierta, en esa forma tan dulcemente varonil que tiene de dormirse.

Cuando me levanté con cuidado para mirar por la ventana: rojo y azul. Ya estaban allí. Tiene que ser cierto. Mientras Nathalia duerme, apartada de todo. Mientras algo sonríe más allá de la noche, con una boca sin dientes y con una mano escondida tras la espalda.

Quiero que se marchen rápido, a pesar de saber que es un deseo estúpido. Estoy realmente cansado y derrotado una vez más, y solo quiero la victoria vacía de contemplar el momento en que la quietud y la oscuridad vuelven a la calle. Cerrar los ojos y *creer* que el resplandor va a desaparecer algún día. Pronto. De inmediato.

Quisiera no haber perdido para siempre la certidumbre de que mis manos me alcanzarían para taparme los ojos. Pero supongo que todavía me alcanzarán para molerla a golpes, si es necesario.

Al final de la noche, cuando se marchen, la despertaré y le haré el amor de nuevo. Ella se dormirá otra vez al terminar. Y yo voy a sentirme buitre.

Ella

para S.

1

Quisiera escribir su nombre, pero siento que es inútil. Siempre me pareció que esa palabra era preciosísima, porque podía lograr que ella volteara en medio de la calle o que atravesara con sus ojos y su voz el vacío que separaba una habitación de otra. Y esto hace que me resulte ingenuo pensar en reunir dentro de un garabato —o a lo sumo, de dos garabatos— todas las miradas y los gestos, o cada una de las alteraciones que ha ejercido alguien sobre el tiempo y el espacio.

Empezaré por lo elemental. Y lo elemental, en este caso, también coincide con lo primero y lo único que ella me ofreció sin darse cuenta. Recuerdo la manera espontánea y natural que tenía de ponerme de cabeza con respecto al mundo y a las personas. Era una de esas *pequeñas cosas* a las que después me acostumbró. Me ha quedado una forma simplísima de no olvidar ese afán suyo tan frenético de

voltearlo todo y estremecerlo hasta que se hiciera pedazos. Aunque parezca inaudito, sus fotografías preservan la anatomía exacta de su pensamiento, sin ningún tipo de imperfecciones.

Ella odiaba profundamente los axiomas, que eran, sin embargo, su tema favorito de conversación, y logró una precisión socrática para desbaratarlos y volverlos añicos. La primera demostración que presencié de ese talento infatigable tuvo como objetivo las fotografías, precisamente.

—Casi nadie sabe sonreír —me dijo una vez, mientras mirábamos unas fotos de sus amigos en su teléfono.

Interesado levemente, le dije que sonreír era una acción sencilla, natural; y que, por tanto, no comprendía lo que quería decir.

—Tú has visto muecas. Sonreír es otra vaina… Mira esta foto para que veas lo que te digo… —y me mostró a un muchacho, creo que en un paraje de tierras altas, con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo le dije que esa curva en su rostro, dibujada por su boca y por sus dientes, era una sonrisa. Ella frunció el ceño y respondió:

—¿Cómo vas a decirme que esa mueca es una sonrisa? … Mira los ojos de él… Míralos bien…

En los ojos del muchacho se podía notar una especie de tenue hastío, como el que se siente cuando uno lleva mucho tiempo haciendo fila en el banco. Probablemente le desagradaban las bajas temperaturas. *Sonreír es una vaina de los ojos.* Le di la razón, pero le dije que bajo esos parámetros, me parecía muy difícil lograr una sonrisa auténtica en cualquier foto.

—Pero si no es necesario sonreír siempre —me respondió, y como era de esperarse, sonrió con ojos y boca mientras me miraba.

Casi desde el comienzo, empecé a tomarle fotos la mayoría de las veces en que nos veíamos. Le pedí una cámara a un amigo que no tenía tanto tiempo como yo para usarla. Me costó un buen tiempo aprender a manejarla medianamente bien, así que las primeras fotografías suyas que guardo son borrosas y desenfocadas pruebas de principiante. Ella jamás veía a la cámara. En el caso de que estuviera mirando hacia donde yo estaba, nunca dirigía la vista hacia el lente, sino a mis ojos. A veces sonreía, a veces miraba hacia el suelo o hacia la distancia, a veces hacía muecas bellísimas, sacaba la lengua, se cuadraba como boxeadora, saltaba; pero nada de eso lo hacía para la cámara, estoy seguro. Todo lo hacía para mí, como si yo no estuviera sosteniendo algo en mis manos que detendría para siempre un momento de su vida.

En una ocasión nos encontrábamos en un puente y ella estaba apoyada con sus codos en la baranda, mientras miraba la corriente del río. La había invitado a pasear por las afueras de la ciudad, donde aún los ríos son respirables. Estaba muy de mañana. El aire permanecía denso y el cielo gris producía una cierta sensación de frío. Aproveché su momento de concentración al mirar el agua y le tomé algunas fotos. Mientras las veía en la pequeña pantalla de la cámara, se me ocurrió preguntarle qué opinaba acerca de esas fotografías en que las personas aparecen contemplando un paisaje, o en una actitud pensativa. Le dije que ellos no estaban sonriendo. Ella pareció no escucharme. Pronuncié su nombre y me miró. Venía de lejos. Enseguida me di cuenta de la inutilidad de mi pregunta.

Cuando estábamos camino de vuelta a la ciudad, le pedí su opinión sobre las modelos. ¿Qué clase de miradas tienen ellas?

—Las modelos se excitan con las cámaras... Es como si se masturbaran...

Guardó silencio por un momento mientras miraba a través de la ventana del auto, y luego giró su cabeza repentinamente, como si se hubiera acordado de algo importantísimo.

—¿No crees que masturbarse es la vaina más sincera de este mundo?

Y al terminar de hablar, se besó los dedos de su mano derecha y después sonrió nuevamente con ojos y boca.

Era mejor que ella no prestara atención a la cámara que yo sostenía. Me permitía verla desde perspectivas que no hubiera podido advertir si solo me dedicaba a mirarla. Necesito confesar que no soy un fotógrafo, ni siquiera aficionado. Si un hombre con un teléfono se encontrara a Dios y le tomara una fotografía, eso no lo haría un fotógrafo. Sería solo un tipo con suerte. De la misma forma, mis fotografías no son bellas por su búsqueda ni por su astucia. Son bellas por ser los restos de una fortuita felicidad, con la que tropecé sin premeditarlo.

A pesar de ser un principiante, cumplía con ciertas reglas cuando salía con ella y la fotografiaba. Por ejemplo, jamás me ha gustado usar el flash. Me parece artificial, mezquino, elitista. Así que entre las fotos que guardo no hay muchas que hayan sido tomadas durante la noche. Esta carencia la compensa mi memoria. No sé por qué extraño fenómeno recuerdo mejor y más vívidamente todas las cosas que me pasan por las noches. Me parece que el estímulo para mi memoria es bastante común: el cielo. Las condiciones atmosféricas y la cantidad de estrellas que brillan en la oscuridad desempolvan y ordenan los recuerdos que me vienen a la mente. La constelación de Orión me retrotrae a un potrero oscuro y a una mujer de cabellos largos y ondulantes. Cuando una estrella brilla de manera

hegemónica, recuerdo a una preciosa muchacha caminando con una cachorrita entre las luces anaranjadas de una barriada silenciosa. Si no hay estrellas en el cielo, si todo es un manto negro o una aglomeración de nubes púrpuras, la recuerdo a ella. No hay ningún simbolismo ni metáfora en esto que escribo. Simplemente sucede que el cielo estaba vacío cuando salimos juntos en una de las noches que más recuerdo.

Alguien tocaba una guitarra muy cerca de nosotros. El rumor del mar había añadido más silencio sobre la noche, y los acordes que de vez en cuando se abrían paso entre la oscuridad, tenían la inquietud de un animal arropado por una sábana blanca. Luego de una ráfaga fría de viento, permanecimos callados. Ella se quedó mirando el mar oscuro que se desbordaba sin límites en el horizonte. Yo me quedé mirándola a ella, largo tiempo. Siento que ambos, en aquel instante, observábamos lo mismo.

Hasta ese entonces, siempre la había considerado una preciosa compañía, cuya presencia me resultaba insustituible. Pero desde aquella noche, nunca más pude mirarla sin abandonarme un poco. Contribuyó también el hecho de algo estúpido que hizo. Para regresar a nuestras casas, debíamos volver al auto que había quedado en la orilla opuesta de la carretera. Teníamos que cruzar cuatro carriles con tráfico usualmente concurrido. Cuando dijo que era hora de irse, se levantó de donde estábamos y echó a correr. Yo reaccioné a destiempo y traté de seguirla. Corríamos sonreídos. Con la mirada dirigida por completo hacia el frente, ella cruzó la calle antes de que pudiera alcanzarla y detenerla. Hubo dos frenazos, una bocina horrible y una imprecación. Yo me paré en seco y contuve la respiración durante los tres segundos que tardó en cruzar. Cuando la alcancé al otro lado, ella sonreía y parecía saber lo que yo quería decir.

—Yo me entiendo… Tú déjame tranquila…

tarareaba tenuemente canciones ininteligibles. La miré y sonrió. Creo que estaba feliz. Lo creí ciegamente aquella vez.

Cuando llegamos a su casa, justo antes de que entrara en el edificio, yo me bajé del auto.

—Oye… —le dije, y me quedé mirándola.

Ella sonreía, pero yo estaba mudo. No podía decir nada. Creo que hubo algo en mis ojos que me delató. Primero su mirada se apagó levemente, y luego su sonrisa se desdibujó. Apretó la cara y se arrugaron todos sus gestos.

—No… No —dijo con voz quebrada—. ¡No! ¡No!

Yo me acerqué, pero ella súbitamente corrió hacia su edificio, subió las escaleras y la perdí de vista. La pelota de béisbol se expandió hasta desbordarse.

Ya había algo de luz en el cielo cuando logré recobrar el sentido y regresar al auto. No tengo idea de cómo llegué a mi casa. Sentía como si hubiera bebido hasta vomitar. Pasé todo el día tirado en la cama, con la misma ropa que había usado la noche anterior. Pero no quiero hablar de mi tristeza. No tiene caso.

Aquí termina lo elemental, y lo elemental es esa sustancia infinitamente densa que no cabe ni en este montón de palabras.

2

A veces solíamos escuchar música en su apartamento. No decíamos nada, no nos mirábamos. Solo manteníamos el silencio. Lo que más recuerdo de aquellas veladas fue algo que me dijo. Yo había puesto una canción. Siempre he tenido un gusto bastante convencional, y eso de cierta forma

la exasperaba. Era una balada viejísima. No recuerdo su nombre, pero una parte del coro decía algo así como *quiero que sientas todo mi amor, que seas feliz aquí conmigo*. Cuando escuchó esa frase, se levantó del sofá y apagó la música. Yo me había acostumbrado a esos arranques suyos. Estaba cansada. La había recogido en su trabajo y ya era un poco entrada la noche. Con su mano derecha empezó a darse un masaje en la nuca. Luego, dio una vuelta en la punta de su zapato, imitando a una bailarina de ballet. Y una vez más, y otra vez. Se detuvo y se paró frente a mí. Me miró con ternura, como a un animal lastimado.

—¿Sabes? —dijo— Yo jamás he podido fijarme en *eso*.

Se acercó a la radio y puso su mano cerca del botón de encendido.

—*Eso* no importa… Por más que queramos que importe… no importa.

Creo que quedé perplejo. Nos miramos durante varios segundos. Después sonrió y encendió de nuevo la música.

3

Sobra decir que la busqué como un loco muchas veces, pero creo que me conocía muy bien como para saber en qué sitios yo intentaría encontrarla. La volví a ver un mes después. Fue innecesario, fue inútil. Me arrepiento de haber vuelto a verla. Nos encontramos en un restaurante. Me habló como si nada hubiera sucedido. Me tendió la mano al saludar. Yo aguanté el ceremonioso simulacro de cortesía como unos cinco minutos.

—Oye… —le dije, y volví a mirarla como antes.

Ella se dio cuenta, pero nada en su rostro dejó entrever

el más mínimo vestigio de intimidad. Sus gestos eran extraños, indescifrables. Fue como si de golpe yo hubiera olvidado leer y entender un idioma que unos segundos antes comprendía a la perfección.

Tras mi silencio, dijo que debía irse. Se despidió pidiéndome que nos viéramos de nuevo. Nos dimos la mano otra vez y contemplé cómo se alejaba por la puerta, y luego a través de los ventanales transparentes. En un momento se paró en el borde de la acera. Miró hacia un lado, después al otro. Y entonces cruzó la calle.

La Universidad Tecnológica de Panamá anuncia
FALLO DEL PREMIO JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ 2017

El jurado del Premio Nacional de Cuento José María Sánchez otorga este reconocimiento al cuaderno "Breve manual de urbanidad y etiqueta" amparado por el seudónimo Laif Koch por ser un libro de corte social, que muestra una actitud iconoclasta ante las reglas, y en su contenido juzga a una sociedad deshumanizada que practica la maldad por deporte, fiel reflejo de nuestros días. Es una obra intensa donde se funden la jerga de la calle con destellos poéticos, los sueños con la realidad, para dejarnos ver nuestras propias debilidades como sociedad. Es un cuentario con una unidad temática robusta, narrado con oficio. Por su constitución visceral, de seguro estremecerá a esta ciudad nuestra donde rezamos a las cuatro y golpeamos a las cinco. Ha sido seleccionado por ser un interesante intento de inquietar al lector…

Otorgamos Mención Honorífica al trabajo titulado "Misteriosa Panamá", presentada con el seudónimo Porfirio, por expresarse en prosa limpia y clara; su manejo de recursos literarios y por su unidad temática. El cuentario amalgama misterio, fantasía y realidad.

El jurado estuvo constituido por Mónica Miguel, Yolanda Hackshaw, Eduardo Jaspe Lescure.

Abiertas las plicas, el premio correspondió a Elpidio González Aguilar, egresado del Instituto Urracá y veragüense. Obtuvo el primer lugar de cuento del IPEL el 2016, y el concurso de "Los nuevos narradores" en 2015. El autor cursa cuarto año de la Licenciatura en Economía en la Universidad de Panamá.

Asimismo, la Mención honorífica recayó en María Laura de Piano, autora de "Vidas Ajenas" obra ganadora del premio "Diplomado de creación literaria" en 2016.

EL PREMIO JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ lo convoca cada año la Universidad Tecnológica de Panamá, con el auspicio de la empresa SUCASA, para celebrar al escritor bocatoreño, autor de "Shumio ara" y "Cuentos de Bocas del Toro".

Breve manual de urbanidad y etiqueta

se terminó de imprimir en el mes de junio de 2018, en los talleres gráficos de la Universidad Tecnológica de Panamá, su edición consta de 300 ejemplares.

Breve manual de urbanidad y etiqueta

La ciudad es la piedra angular de los cuentos en *Breve manual de urbanidad y etiqueta*. La ciudad como gran conquista humana, como hábitat y como telón de fondo para la belleza, el horror y los milagros. Sus espacios más reducidos e íntimos, así como las grandes avenidas, están presentes en estas páginas que intentan diseccionar al panameño como a una criatura recién descubierta, valiéndose de las emociones y de la cotidianidad que comparte con quienes lo rodean.

mi casa es SUCASA

EDITORIAL TECNOLÓGICA

ISBN 978-9962-698-53-1